
CAPÍTULO XIII.

Mansion en Caracas. — Montañas que avecinan la ciudad.
— Excursion á la cima de la Silla. — Indicios de minas.

Dos meses hemos permanecido en Caracas, M. Bonpland y yo, habitando una casa grande casi aislada situada en lo mas eminente de la ciudad: desde lo alto de una galeria podiamos descubrir al mismo tiempo la cima de la Silla, la cresta del Galipano, y el risueño valle del Guaire cuya rica cultura contrasta con el sombrío tiempo de montañas que la rodea. Estabamos en la estacion de la Sequía; en la cual, para mejorar los pastos, se pone fuego á las sábanas y al césped que cubre las rocas mas escarpadas.

Si teniamos razon para estar satisfechos de la exposicion de nuestra vivienda; todavia lo estabamos mas por la acogida que nos daban los habitantes de todas clases: y es un deber para mi el citar la noble hospitalidad que ha ejercido con

nosotros el Gefe del Gobierno el señor de Guevara Vasconcelos, entónces Capitan general de las provincias de Venezuela. Aunque yo he tenido la ventaja de que pocos españoles hayan recorrido como yo sucesivamente, Caracas, la Havana, Santa Fé de Bogota, Quito, Lima y Méjico; y que en estas seis capitales de la América española, mi posicion me ha puesto en relacion con personas de todas condiciones, sin embargo no me tomaré la libertad de pronunciar sobre los diferentes grados de civilizacion á que se ha elevado la sociedad en cada colonia. Mas fácil me es indicar los diferentes grados de cultura nacional y el objeto hácia el cual se inclina con preferencia el desarrollo de las facultades intelectuales, que colocar y comparar lo que puede considerarse bajo un mismo punto de vista.

Me ha parecido que en Méjico y en Bogota hay una tendencia decidida por el estudio profundo de las ciencias; en Quito y en Lima, mas gusto por las letras y por todo lo que puede lisonjear á una imaginacion ardiente y viva; en la Havana y Caracas, mayor conocimiento de las relaciones politicas de las naciones, y miras mas

extensas sobre el estado de las colonias y de las metrópolis. La multiplicacion de comunicaciones con el comercio de la Europa, y aquel mar de las Antillas que hemos descrito como un mediterraneo con muchas bocas, han influido poderosamente en los progresos de la sociedad en la isla de Cuba y en las hermosas provincias de Venezuela: en ninguna otra parte de la América española ha tomado la civilizacion un aspecto mas europeo: el crecido número de Indios cultivadores que habitan el Méjico y el interior de la Nueva Granada, dan á estos vastos paises un carácter particular, acaso mas exótico; pero en la Havana y en Caracas, á pesar de la poblacion negra, se cree uno estar mas cerca de Cadiz y de los Estados Unidos, que en ninguna otra parte del Nuevo Mundo.

Como Caracas está situada en el continente, y que su poblacion es ménos móvil que la de las islas, se han conservado tambien las costumbres nacionales mejor que en la Havana; y aunque la sociedad en aquella, no ofrece unos placeres muy vivos y variados, se experimenta sin embargo, en el interior de las familias, aquel sen-

timiento de bien estar que inspiran la franca alegría y la cordialidad unidas á los modales de la buena educacion.

Desde que en tiempo de Carlos V pasáron de la metrópoli á las colonias el espíritu de corporacion y los odios municipales, hay en Cumaná y en otras ciudades comerciantes de la Tierra-Firme; quien se complace en exagerar las pretensiones nobiliarias de las familias mas ilustres de Caracas conocidas con el nombre de los *Mantuanos*. En todas las colonias existen dos géneros de nobleza; la una se compone de criollos cuyos antepasados han ocupado últimamente los primeros puestos de América, y funda en parte sus prerogativas en la ilustracion que obtiene en la metrópoli, creyendo poder conservarlas al otro extremo de los mares, sea cual fuere la época de su establecimiento en las colonias. La otra nobleza pertenece algo mas al suelo Americano, y se compone de los descendientes de los *Conquistadores*, es decir, de los españoles que han servido en el ejército desde la primera conquista: entre aquellos guerreros compañeros de armas de Cortés, de Losada y de Pizarro,

habia muchos que pertenecian á las familias mas distinguidas de la península; otros procedentes de las clases inferiores del pueblo han ilustrado sus nombres por medio del valor caballeresco que caracteriza los principios el siglo diez y seis.

En muchas familias de Caracas he hallado gusto por la instruccion, conocimiento de los modelos de literatura francesa é italiana, y una predileccion decidida pór la música que cultivan con éxito y que sirve á unir las diferentes clases de la sociedad, como lo hace siempre la cultura de las bellas artes. Las ciencias exactas, el diseño y la pintura, no tienen aqui unos grandes establecimientos como los que, Méjico y Santa Fé deben á la munificencia del gobierno español, y al celo patriótico de los nacionales: en medio de una naturaleza tan prodigiosa y tan rica en producciones, nadie se ocupa del estudio de las plantas y de los minerales en aquellas costas; solamente en un convento de San Francisco he hallado un venerable anciano ¹ que calculaba el almanac para todas las provincias de Venezuela

¹ El padre Puerto.

y que tenia algunas nociones exactas sobre el estado de la astronomia moderna : nuestros instrumentos le interesaban vivamente , y un dia vimos con grande sorpresa llenarse nuestra casa de todos los frailes de San Francisco, que deseaban ver una brújula de inclinacion. La curiosidad que excitan los fenomenos físicos, aumenta en un pais minado por los fuegos volcánicos, y bajo un clima donde la naturaleza se manifiesta tan imponente y tan misteriosamente agitada. En una region que ofrece aspectos tan maravillosos creia yo encontrar muchas personas que conociesen perfectamente las altas montañas del contorno ; mas fué vana mi esperanza , pues no pude descubrir un solo hombre que hubiese subido hasta la cumbre de la Silla. Nuestros paseos se dirijian comunmente hácia dos plantaciones de café situadas enfrente de la Silla, cuyos dueños eran hombres de un trato muy agradable : desde alli , examinando con el anteojo la rapidez de las cuestas de las montañas y la forma de dos picos que la terminan, podiamos apreciar las dificultades de subir á la cima.

El capitán general, el señor de Guevara, nos

hizo dar guías por el teniente de Chacao; quien nos envió unos negros que conocian un poco el sendero que conduce hácia las costas por las crestas de las montañas¹, cerca del pico occidental de la Silla. Frecuentan esta senda los contrabandistas; mas ni nuestros guías, ni los hombres mas experimentados de la milicia, empleados en perseguir el contrabando en aquellos sitios salvages, habian jamas subido hasta el Pico oriental que forma la cima mas elevada de la Silla.

Pasamos la noche del 2 de Enero en la Estancia de los gallegos, plantacion de café cerca de la cual forma hermosas cascadas el pequeño rio de Chacaito bajando de la montaña, y cayendo en un barranco bellamente sombrío y decorado. Pusímonos en marcha á las cinco de la mañana acompañados de los esclavos que llevaban nuestros instrumentos, siendo entre todos diez y ocho personas, que iban unos tras otros por un sendero estrecho, trazado en una cuesta rápida y cubierta de gazon. Por lo pronto tratamos de

¹ En Caravalleda.

subir á la cima de una colina que forma un especie de promontorio de la Silla por la parte del sud-oeste; adonde llegamos á las siete. Estaba la mañana fresca y hermosa : el cielo, hasta entonces, parecia favorecer nuestra excursion ; el termómetro se sostenia de bajo de 14°. Nuestros guías pensaban que todavia nos faltarian seis horas para llegar á la punta de la Silla; cuya subida, mas causada que peligrosa, desanimó á las personas que nos habian acompañado desde la ciudad y que no estaban acostumbradas á trepar las montañas. Perdimos mucho tiempo en esperarlos y no nos resolvimos á continuar solos nuestro camino, hasta que vimos que en vez de subir, se bajaban todos de la montaña. El tiempo comenzaba á nublarse, y conocimos M. Boñpland y yo, que bien pronto nos veriamos envueltos en una niebla espesa : temerosos de que nuestros guías se aprovecharsen de esta circunstancia para abandonarnos, hicimos pasar delante de nosotros los que llevaban los instrumentos mas necesarios, y continuamos trepando las cuestas que se inclinan hácia la quebrada de Chacaito. La locuacidad familiar de los

negros criollos contrastaba con la gravedad de los indios que nos habian acompañado constantemente en las misiones de Caripe. Se chanceaban sobre los que habian renunciado tan pronto á un proyecto preparado de antemano, y atacaban sobre todo á un joven fraile capuchino, profesor de matematicas que no habia cesado de reconocer las ventajas de fuerza física y de atrevimiento, que tienen los españoles europeos sobre los españoles americanos : como habia perdido el ánimo, mucho antes que los criollos, pasó el resto del día en una plantacion vecina, ocupado en vernos escalar la montaña.

De los dos picos que forman la cima de esta, el oriental es el mas elevado, y al que debiamos llegar con nuestros instrumentos : el descenso entre estos dos picos ha dado á toda la montaña el nombre de la Silla 1, y desde esta hendidura descíende hácia el valle de Caracas, una quebraza, de que ya hemos hablado, la cual en su origen ó extremidad superior se aproxima al pico occidental.

Por la forma de una silla de montar.

La niebla nos envolvía de cuando en cuando, dándonos mucha pena para reconocer nuestro camino. Una veta de tierra porcelana, llamó nuestra atención, cuya tierra blanca como la nieve es sin duda el resto de un feldespato descompuesto. Estábamos á 940 toesas, y sin embargo vimos en un barranco á la misma altura, hácia el este, un bosque entero de palmeras, de las que llaman Palma real y que es una especie de *Orcodoxa*. Este grupo de palmeras en una region tan elevada, contrastaba muy singularmente con los sauces esparcidos en el fondo mas templado del valle de Caracas.

Después de cuatro horas de marcha por las sábanas, entramos en una floresta formada de arbustos y de árboles poco elevados, llamada el Pejual, sin duda á causa de la grande abundancia del pejoa (*Gautheria odorata*), planta cuya hojas son muy odoriferantes. La cuesta de la montaña aparece mas suave, y experimentamos un placer inexplicable, en examinar los vegetales de esta region: tal vez en ninguna otra parte se hallan reunidas en un corto trecho de terreno, producciones tan bellas, y tan notables en cuanto á la geo-

grafía de las plantas : allí se encuentran las razas de los oleandros alpinos, los thibaudias, los andromedos, los vaccinium y los befarias de hojas resinosas que hemos comparado varias veces al rhododendrum de los alpes de Europa.

El hermoso oleandro de los Andes ó befaria, ha sido descrito por M. Mutis que lo habia observado cerca de Pamplona y de Santa Fé de Bogota por los 4° y 7° de latitud boreal : y eran tan poco conocidos antes de nuestra excursion á la Silla que no existia en casi ningun herbario de la Europa; y aun los sábios edictores de la flora del Perú lo habian descrito con el nuevo nombre de *Acuana*. Asi como los oleandros de la Laponia del Caucaso y de los Alpes ¹, se diferencian entre sí, del mismo modo las dos especies de befaria que hemos traído de la Silla ², son es-

¹ *Rhododendrum laponicum*, *R. caucasicum*, *R. ferrugineum* y *R. hirsutum*.

² *Befaria glauca*, *B. ledifolia*. Vease nuestro tratado de las plantas equinociales, t. II, p. 118-126 que contiene casi una monografía completa del género befaria que debiera llevar el nombre de *bejaria*

pecíficamente distintas de las de Santa Fé de Bogotá¹. Cerca del ecuador los oleandros de los Andes², cubren las montañas hasta los paramos mas elevados, á mil y setecientas toesas de altura. Adelántandose hácia el norte en la Silla de Caracas, se les encuentra mucho mas abajo á menos de mil toesas : y aun el befaria descubierto últimamente en la Florida, por los 30° de latitud, vegeta tambien en las colinas de poca elevacion. De este modo, estos arbustos descienden hácia las llanuras á medida que se alejan del ecuador, sobre un trecho de 600 leguas en latitud : el oleandro de Laponia vegeta igualmente á ochocientas ó novecientas toesas mas bajo que el oleandro de los Alpes y de los Pireneos. Extrañamos no haber descubierto ninguna especie de befaria en las montañas de Méjico, entre los oleandros de Santa Fé, de Caracas y de la Florida,

¹ Befaria æstuans y befaria resinosa.

² Especialmente el *B. æstuans de mutis* y dos especies nuevas del hemisferio austral, que hemos descrito bajo los nombres de *B. coarctata* y *B. grandiflora*.

En el pequeño bosque que corona la Silla, el befaria ledifolia no tiene mas de tres ó cuatro pies de alto: el tronco está dividido desde su base en un gran número de vástagos frágiles y casi verticilados: las hojas son ovaladas, lanceoladas, glaucas por debajo y rolladas hácia los extremos; toda la planta está cubierta de pelos largos y viscosos, y despidе un olor resinoso muy agradable. Las abejas visitan sus hermosas flores purpúreas que estan tan abundantes como en todas las plantas alpinas y que estando bien abiertas tienen cerca de una pulgada de ancho.

En la floresta de la Silla vegetan cerca de los befarias de flor purpúrea, un hediotes de hojas de breto, de ocho pies de alto; el caparosa ¹ que es un grande hipericum arborescente, un lepidium que parece idéntico con el de Virginia; y enfin el lycopodium y el musgo que entapiza

¹ *Vismia caparosa* (sirviendo de apoyo à un lorantus que se apropia el suco amarillo del vismia), *davallia meifolia*, *hieracium avilæ*, *aralia arborea* Jacq. y *lepidium virginicum*. Dos nuevas especies de lycopodium, el *thyoides* y el *aristatum*, se muestran mas abajo hácia la puerta de la silla. (Vease nuestra *Nova Gen. et Spec.*, t. I, p. 38.)

las rocas y los troncos de los árboles. Lo que da mas celebridad á este floresta es un arbusto de 10 á 15 pies de alto de la raza de los corymbiferos, al cual llaman los criollos incienso, cuyas hojas coriáceas y recortadas, así como las extremidades de los ramos estan cubiertas de una lana blanca. Es una nueva especie de trixis extremadamente resinosa, cuyas flores tienen el agradable olor del storax : y este olor es muy diferente del que exhalan las flores del trixis therebintinácea de las montañas de la Jamaica, opuestas á las de Caracas. Algunas veces se mezcla el incienso de la Silla con las flores del Pevetera, otra composicion cuyo aroma se parece al del heliotrope del Perú; sin embargo la Pevetera no se eleva en las montañas hasta la zona del befaria; sino que se produce en el valle de Chacao, y las damas de Caracas la emplean en preparar una agua de olor muy agradable.

Saliedo del bosque de arbustos alpinos, se halla de nuevo una sábana : nosotros trepamos una parte del pico occidental para bajar al descenso, ó valle que separa los dos picos de la Silla; en el cual tuvimos que vencer muchas

dificultades á causa de la fuerza de la vegetacion. Un botánico no adivinaria facilmente que todo el espeso bosque que cubre el dicho valle, está formado por una planta de la familia de los musacéos¹: es probablemente una maranta ó heliconia; sus hojas son largas y lustrosas; elévase hasta catorce ó quince pies de altura y sus vástagos succulentos, estan unidos como el rastrojo de las cañas² que se encuentra en las regiones humedas de la Europa austral.

Errando en esta selva de musacéos ó yerbas arborescentes, nos dirigiamos siempre hácia el lado del pico oriental que debiamos tomar: de repente nos hallamos envueltos por una densa niebla. Solo la brújula podia guiarnos, pero caminando hácia el norte nos exponiamos, á cada paso, á dar con el borde del espantoso precipicio de rocas, que descende casi perpendicularmente hácia el mar á seis mil pies de profundidad; por lo que fué preciso pararnos. Por fortuna, nos habian alcanzado los negros que

¹ Scitamineos ó raza de los plátanos.

² Arundo donax.

traian nuestras provisiones y agua, y determinamos tomar algun sustento; mas nuestro banquete no fué largo, pues no encontramos mas que olivas y un poco de pan, despues de haber velado casi toda la noche y de haber andado nueve horas sin hallar un arroyo.

Como no era mas de las dos de la tarde, teniamos esperanza de poder subir á la cima oriental de la Silla antes de ponerse el sol, y de bajar despues al valle que separa los dos picos; en el cual pensabamos pasar la noche encendiendo un gran fuego, y haciendo construir por los negros una cabaña con las hojas largas y delgadas del heliconia. Apenas habiamos tomado estas disposiciones, cuando comenzó á soplar el viento de levante con mucho impetu del lado del mar: en menos de dos minutos desaparecieron las nubes, y se mostraron á nuestra vista las dos cúpulas de la Silla á una proximidad extraordinaria.

El mercurio se mantenía á 21 pulgadas 5,7 líneas. Nos dirijimos en derechura hácia el pico oriental: la vegetacion nos oponia ya menos obstáculos y todavía hubo que derribar algu-

nos heliconia, ya eran menos elevados y estaban menos espesos. Los picos de la Silla, segun hemos dicho, no estan cubiertos sino de gramíneas y de pequeños arbustos de befaría : atribúyese la falta de árboles en las dos cimas, á la aridez del suelo, á la impetuosidad de los vientos del mar y á los incendios tan frecuentes en todas las montañas de la region equinoccial.

Tres cuartos de hora nos costó llegar á la cima de la pirámide, en la cual solo por algunos minutos gozamos de la completa serenidad del cielo : nuestra vista abrazando una vasta extension de pais se dilataba hácia el norte sobre el mar, y hacia el medio día sobre el fértil valle de Caracas. El barómetro de sostuvo á 20 pulgadas 7,6 lineas ; la temperatura del aire era de $15^{\circ} 7'$: nos hallabamos á la altura de 1550 toesas de donde la vista alcanza una extension de mar de treinta y seis leguas de radio.

La montaña no es muy singular por su altura que es cerca de cien toesas menor que la del Canigou ; pero se distingue de todas las montañas que yo he recorrido por el enorme precipicio que ofrece por la parte del mar. La verdadera incli-

nacion de la cuesta me ha parecido por un cálculo exacto de $55^{\circ} 28'$. La inclinacion media del pico de Teuerife apenas es de $12^{\circ} 50'$: un precipicio de seis á siete mil pies como el de la silla de Caracas es un fenómeno mucho mas raro de lo que se imaginan los que recorren las montañas sin medir su altura, su masa y sus cuestas.

El pico redondeado en forma de media naranja occidental de la silla nos ocultaba la vista de la ciudad de Caracas; pero distinguíamos las casas mas inmediatas, los lugares, de Chacao y de Petare, las plantaciones de café y el curso del rio Guaire cuya pequeña corriente reflectaba una luz plateada. La faja estrecha de terreno cultivado formaba un contraste agradable con el aspecto triste y salvaje de las montañas inmediatas.

Reuniendo bajo un golpe de vista este vasto paisage, apenas se echa menos el no ver, las soledades del Nuevo Mundo adornadas con la ima-

• Las observaciones de latitud dan por la distancia horizontal del pie de la montaña, cerca de Caravalleda á la vertical que pasa por la cima, escasamente 1000 toesas.

gen de los tiempos pasados. Por todas partes donde, bajo la zona tórrida, la tierra herizada de montañas y cubierta de vegetales ha conservado su primitivo aspecto, el hombre no se presenta como el centro de la creacion: lejos de domar los elementos solo trata de distraerse á su imperio; los cambios que han hecho los salvages desde dos siglos á esta parte, á la superficie del globo, desaparecen por medio de los que producen en pocas horas, la accion de los fuegos subterráneos, las inundaciones de los rios caudalosos y la violencia de los tempestades. La lucha de los elementos entre sí, es lo que caracteriza en el Nuevo Mundo el espectáculo de la naturaleza. Un país sin poblacion se presenta al habitante de la Europa cultivada, como una ciudad abandonada por sus habitantes. Cuando se ha vivido durante algunos años en las selvas de las regiones bajas, ó en las faldas de las Cordilleras; cuando se han visto países de una extension igual á la de toda la Francia, que no contienen sino un corto número de cabañas esparcidas, ya no se asusta nuestra imaginacion al ver aquella vasta soledad; sino que se acostumbra á la idea de un

mundo que no alimenta sino plantas y animales, y donde el hombre salvaje no ha hecho jamas resonar el grito de la alegria ni los gemidos del dolor.

¹ Bajamos de la cúpula oriental de la Silla y cogimos al paso, una gramínea que forma, no solamente un nuevo género muy particular sino que, con grande admiracion nuestra, la hemos hallado despues sobre la cima del volcan de Pichincha, en el emisferio austral á 400 leguas de distancia de la Silla ¹. El lichen floridus tan comun en el norte de la Europa, cubria las ramas del Befaria y de la Gaultheria odorata, y bajaba hasta el tronco de estos arbustos.

A las cuatro y media de la tarde concluimos nuestras observaciones, y satisfechos del feliz éxito de nuestro viage no olvidamos que era peligroso el bajar en la obscuridad por cuestas escarpadas, cubiertas de un gason raso y delicioso. Abandonamos el proyecto de pasar la noche entre los dos pitones de la Silla, y habiendo hallado el sendero que al subir nos habiamos

¹ Aegopogon cenchroides.

abierto por medio del espeso bosque de Heliconias, llegamos á la region de los arbustos resinosos y odoriferantes. La hermosura de los Befaria, y sus ramas cubiertas de grandes flores purpúreas atraian de nuevo nuestra atencion; cuando en aquellos climas se recojen plantas para hacer herbolarios se experimenta tanta mas dificultad en la elección cuanta mayor es la frondosidad de la vegetacion.

Nos detuvimos tanto tiempo que nos sorprendió la noche á la entrada de la sábana á 900 toesas de altura. Como entre los trópicos, el crepúsculo es casi nulo, de la mayor claridad del dia se pasa súbitamente á las tinieblas: estaba la luna sobre el horizonte, aunque el disco se cubria de tiempo en tiempo con gruesas nubes enviadas por un viento frio é impetuoso. Marchabamos en una larga fila ayudándonos con las manos para no rodar cayendo: los guías que llevaban nuestros instrumentos nos abandonaban poco á poco para quedarse á dormir en la montaña.

La niebla habia ido desapareciendo en el fondo del valle: las luces esparcidas que veiamos de-

bajo de nosotros nos causáron una grande ilusion : las escarpaduras parecian mas peligrosas de lo que son en realidad ; y durante seis horas de continuo descenso nos creimos igualmente cerca de las quintas colocadas al pie de la Silla. Oíamos muy distintamente la voz de los hombres el sonido de las guitarras : generalmente se propaga tan bien el sonido de abajo arriba, que en un globo aerostático á tres mil toesas de elevacion, se oye algunos veces el ladrido de los perros ¹.

A las diez de la noche llegamos al fondo del valle abrumados de fatiga y de sed : habiamos andado casi sin interrupcion durante quince horas ; teniamos destrozadas las plantas de los pies por la aspereza de un suelo pedregoso, y por el rastrojo duro y seco de las gramíneas, pues habiamos tenido que quitarnos las botas por ser demasiado resbaladizas.

Pasamos la noche al pie de la Silla : nuestros amigos de Caracas habian podido distinguirnos con el antejo, en la cima del pico oriental : todos

¹ M. Guay-Lussac, en su ascension de 1805.

se interesaban en la relacion de nuestras fatigas, pero estaban poco satisfechos de una medicion que no da á la Silla la elevacion de la mas alta cima de los Pirineos. ¹

Durante el viage á la Silla, y en todas nuestras excursiones en el valle de Caracas, tuvimos cuidado en observar las vetas y los indicios de minas que ofrecen las montañas de gneiss : mas no habiendo seguido un trabajo regular, nos contentamos con examinar las quebrazas, los barrancos y las hendiduras causadas por los torrentes en la estacion de las lluvias. La roca de gneiss haciendo lugar algunas veces ² á un granito de nueva formacion y otras al esquito micáceo, pertenece en Alemania, á las rocas mas metalíferas ; pero en el nuevo continente no se ha manifestado el gneiss hasta ahora como muy rico en minerales dignos de explotacion. Las mas célebres minas de Méjico y del Perú se ha-

¹ Antiguamente se creia que la altura de la silla de Caracas se diferenciaba poco de la del pico de Tenerife. *Laet. Americae descr.* 1655, p. 682.

² Sobre todo en las grandes alturas.

llan en los equistas primitivos y de transición en los pórfidos trapeanos, el *grauwacke* y la piedra calcárea alpina. En varios puntos del valle de Caracas el gneiss presenta un poco de oro diseminado en las pequeñas vetas de cuarzo; de plata sulfurada, de cobre azulado y de galesia; pero se duda si estas canas metalíferas son bastante ricas para que merezcan ensayos de explotación: estos ensayos están hechos desde la conquista de esta provincia á mediados del siglo 16.

Cuando un gobernador llega á estas costas, no puede hacerse valer en la corte sino elogiando las minas de la provincia, y para despojar la concupiscencia de la parte que tiene de bajeza y desagrado, se justificaba la sed de oro por medio del empleo que se suponía dar á unas riquezas adquiridas por el fraude y la violencia. « El oro, dijo Cristoval Colon en su » última carta al rey Fernando, el oro es una » cosa tanto mas necesaria á vuestra magestad, » cuanto que, para cumplir una antigua predic- » cion; Jerusalem debe ser reconstruida por un » príncipe de la monarquía española. El oro es » el metal mas excelente. ¿ En que paran esas

• piedras preciosas que se buscan en las extre-
• midades de la tierra? En que las venden y las
• convierten en oro. Con el oro no solamente se
• hace cuanto se quiere en este mundo, sino que
• aun se puede emplear en sacar ánimas del pur-
• gatorio, y en poblar el Paraiso. • Estas pala-
bras llenas de candor é ingenuidad manifiestan
el siglo en que vivia Colon; pero es de admi-
rar el ver un elogio tan pomposo de las riquezas
salir de la pluma de un hombre cuya vida ha
sido notada por un noble desinterés.

Como la conquista de la provincia de Vene-
zuela comenzó por la extremidad occidental,
las montañas inmediatas á Coro, Tocuyo y Bar-
quisimeto atrajéron las primeras, la atencion
de los conquistadores. Estas montañas reúnen
las Cordilleras de la Nueva Granada, las de Santa
Fé, de Pamplona, de la Grita y de Merida, á la
cadena de las costas de Caracas; este es un ter-
reno tanto mas interesante por el geólogo, en
razon de que ningun mapa, hasta aquí, ha he-
cho conocer las ramificaciones de las montañas
que dilatan, hácia el nordeste, los páramos de
Niquitao y de las Rosas, que son los últimos

de los que llegan á 1600 toesas de altura. Entre Tocuyo, Aramey y Barquisimeto se levanta el grupo de las montañas del Altar, que se une hácia el sudoeste, con el páramo de las Rosas : un brazo del Altar se prolonga hácia el nordeste por San Felipe el Fuerte, reuniéndose á las montañas graníticas del litoral, cerca de Porto-Cabello : el otro brazo se inclina hácia el este, á Nirgua y el Tinaco, para unirse á la *cadena interior*, á la de Jusma, villa de Cura, y Sábina de Ocumare.

Todo este terreno que acabamos de nombrar, separa las aguas que van al Orinoco de las que caen en el inmenso lago de Maracaibo y en el mar de las Antillas. En dicho grupo de montañas occidentales de Venezuela, trabajáron los españoles desde el año 1551, la mina de oro de Buria, que dió lugar á la fundacion de la ciudad de Barquisimeto ó Nueva Segovia ; pero estos trabajos, así como los de otras minas abiertas posteriormente, fuéron bien pronto abandonados. Despues de estas explotaciones de Buria ; cerca de Barquisimeto, vienen por antigüedad las del valle de Caracas y de las montañas veci-

nas á la capital. Francisco Fajardo y su muger Isabel, de la nacion de los Guaikerios, fundadores, que fuéron, de la ciudad del Collado ó Caravalleda, visitaban frecuentemente la altura donde hoy está situada la capital de Venezuela; le habian dado el nombre de *valle de San Francisco*, y habiendo visto pepitas de oro entre las manos de los indigenos, Fajardo consiguió desde el año 1560, descubrir las minas de los Teques¹, al sudoeste de Caracas, cerca del grupo de las montañas de la Cocuiza que separa los valles de Caracas y de Aragua.

Todavía nos queda por nombrar otro punto que llamó la atencion de los conquistadores desde el fin del siglo 16, por algunos indicios de minas: siguiendo el valle de Caracas hácia el este mas allá de Caurimare, en el camino de Cauragua se encuentra un terreno montañoso y selvaz donde en el día se hace mucho carbon y que en otro tiempo se llamaba *provincia de los*

¹ Trece años despues en 1575, Gabriel de Avila uno de los alcaldes de la ciudad de Caracas, continuó el trabajo de dichas minas que se llamaron desde entóuces reales minas de N. S.

Mariches. En aquellas montañas orientales de Venezuela el gneiss pasa al estado de un equista talcuoso, y contiene vetas de cuarzo auríferas: los trabajos comenzados antiguamente en estas vetas han sido varias veces emprendidos y abandonados. Mas de cien años estuvieron en el olvido las minas de Caracas; pero un tiempo muy inmediato al nuestro, á fines del siglo pasado, el intendente de Venezuela don José Avalo se entregó á todas las ilusiones que habian lisongeadó la ambicion de los conquistadores: valiése de algunos mejicanos que no conocian ninguna roca, y á quienes todo, hasta el mica, les parecia oro y plata. Los dos Gefes Pedro Mendana y Antonio Henriquez tenian cada uno tres mil pesos de sueldo; y no les convenia desanimar al gobierno que no perdonaba gasto alguno para acelerar la explotacion. Los trabajos se ejecutaron en el barranco de Tipe y en las antiguas minas de Baruta al sud de Caracas, donde los Índios recojian todavia en mi tiempo un poco de oro de lavage. Bien pronto se entibió el zelo de la administracion, y despues de haber hecho unos gastos tan exorbitantes como inútiles aban-

donó enteramente la empresa de las minas de Caracas.

Nosotros visitamos el barranco de Tipe situado en la parte del valle que se abre hácia el cabo Blanco : saliendo de Caracas , se pasa cerca de la gran caserna de San Carlos por un terreno árido y pedregoso, dominado á la derecha por el cerro de Avila y la cumbre , y á la izquierda por la montaña de aguas negras. Este desfiladero ofrece mucho interés á la geología ; es el punto donde el valle de Caracas se comunica con el litoral por los valles de Tacagua y de Tipe cerca de Catia. Un espinazo de roca, cuya cima se eleva á cuarenta toesas sobre el fondo del valle de Caracas y á mas de trescientas, sobre él del valle de Tacagua, divide las aguas que corren hácia el rio Guaire y hácia el cabo Blanco. En el valle de Tacagua encontramos nuevas habitaciones, conucos, maiz y plátanos : una plantacion muy extensa de Nopales dá á este pais árido un carácter particular : elevanse hasta quince pies de altura en forma de candelabros como los euforbios de Africa ; y los cultivan para vender el

fruto¹ como refrescante en el mercado de Caracas. La clase que no tiene espinas es llamada en las colonias *Tuna de España*, sin que se sepa por qué razon: tambien medíanos en el mismo sitio los maguczís ó pita, cuyo mango cargado de flores tenia hasta cuarenta y cuatro pies de elevacion.

En el valle de Tipe encontramos el apunte de varias vetas de cuarzo, que presentan piritas, yerro spático, algunas señales de plata sulfurada, ó *glanerz* y de cobre gris ó *fahlerz*. A pesar de los gastos hechos bajo la intendencia de D. José Avalo, todavia parece indecisa la gran cuestion de si la provincia de Venezuela posee minas dignas de explotacion. Aunque en un pais donde hay falta de brazos, el cultivo de la tierra exige la primera solicitud del gobierno, sin embargo, el ejemplo de la Nueva España prueba bastante que la explotacion de los metales no daña siempre al progreso de la industria agricola. Los campos mejicanos mejor cultivados,

¹ Es el que se conoce en la Peninsula con el nombre de *higos rhumbos*.

los que recuerdan á los viageros las hermosas campiñas de la Francia y de la Alemania meridional, se extienden desde Silao hácia la ciudad de Leon, y avicinan las minas de Guanajuato, que por sí solas producen la sexta parte de la plata del Nuevo Mundo.
